

TERRADO PABLO, Javier, *Toponimia de Betesa*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 1992, 159 páginas.

Jesús MARTÍN DE LAS PUEBLAS RODRÍGUEZ

En *Toponimia de Betesa*, Terrado, catedrático de Filología Española de la Universidad de Lleida y colaborador de Corominas en la elaboración del *Onomasticon Cataloniae*, estudia la toponimia del término de Betesa, localidad situada en la Alta Ribagorza, que pertenece actualmente al término municipal de Arén (Huesca).

Se trata de un trabajo riguroso que ha supuesto seis años al autor de dedicación si no exclusiva sí continua. Reconoce Terrado que se trata de un trabajo modesto por lo que se refiere al alcance del territorio estudiado, pero importante por lo que supone de ensayo de métodos; responde también a una necesidad imperiosa de estudios de detalle que irán completando, como si de un mosaico se tratase, el grandioso edificio de la toponimia pirenaica.

La estructura de la obra es muy clara: en unas palabras preliminares se explica la génesis del trabajo. Seguidamente nos encontramos ya en la parte principal de la obra, estructurada en dos apartados importantes: la introducción, que implica la presentación teórica de la metodología utilizada en la confección del trabajo, y el análisis de los datos, que supone la aplicación de los principios teóricos establecidos a la recogida, presentación y estudio lingüístico de los topónimos.

La introducción, como ya hemos señalado, se dedica al análisis o explicación de los principios metodológicos que han de observarse en todo trabajo serio en el campo de la toponimia. Es impresionante la claridad y la coherencia de esta parte, básica para la revisión crítica y presentación de una metodología, muchas veces desconocida o no considerada en profundidad.

Diferencia el autor los estudios de macronimia (señalando su importancia para establecer una base comparativa toponímica general y proponiendo implícitamente uno de sus sueños ahora ya en camino de hacerse realidad gracias a sus desvelos, el estudio global de la toponimia pirenaica) y los trabajos de micronimia, imprescindibles por la aportación de datos a los estudios de macronimia, el interés

para el público y el servicio para la Administración pública. Además contribuyen a la conservación de los topónimos, que son elementos lingüísticos propios de nuestra lengua, y son importantes para otras ciencias como la geografía, la historia, la arqueología, etc.

La encuesta oral debe ser directa, pisando y viendo de cerca los lugares y combinando la recogida de los topónimos vivos con la atención a los documentos históricos, a las fuentes documentales imprescindibles para la interpretación toponomástica. El autor da muchos detalles, especifica muchísimo, nos ofrece con frecuencia la impresión de encontrarnos ante consejos que son el fruto de una larga y continuada experiencia y no de reflexiones apriorísticas y abstractas. Todo ello confiere al libro una amenidad y un tono directo que lo hacen atractivo e interesante.

Se reflexiona atentamente sobre el problema de la notación fonética y ortográfica. Después de una minuciosa discusión sobre las ventajas e inconvenientes, el autor apuesta por el seguimiento de la norma ortográfica catalana estándar (con dos libertades que reflejan las peculiaridades dialectales de las zonas más importantes y no sistematizables) y una notación fonética «àgil, que posi de manifest les diferències fonològiques, reflectint ensems les peculiaritats al·lofòniques més destacades». Es en este apartado dedicado a la fonética y ortografía donde el autor presenta una sistematización de los rasgos dialectales definitorios del habla viva.

Se ha realizado una encuesta geográfica, en primer lugar, en la que el informante va recorriendo con su imaginación o con la vista el término municipal indicando el nombre de los prados, los parajes, las ermitas, las cuevas, los barrancos, etc. En esta primera fase de la encuesta se recoge todo tipo de topónimos; posteriormente se realizará un repaso con el informante según grupos semánticos indicados por el encuestador: núcleos de población, agregados, partidas, montañas, valles, cursos de agua, bosques..., sin olvidar la recogida de los principales apelativos toponímicos del lugar.

Una vez recogidos los topónimos con exhaustividad y precisión se impone el estudio etimológico. El punto de partida es el problema original de la toponimia: los topónimos nos ofrecen tan sólo una forma fónica y un referente, pero desconocemos en muchos casos su significado original. El lingüista deberá hacer evidente, transparente, el topónimo gracias a la explicación etimológica. Como afirma el autor, «retrobar darrera tot topònim, la paraula que pugui explicar-lo i fer palès el lligam indissoluble entre el signifiant i el significat d'aquesta paraula pot ésser considerat com la tasca essencial de la toponomàstica» (p. 26).

Para realizar esta difícil tarea el autor nos brinda su experiencia personal y nos ofrece una serie de recomendaciones interesantísimas: necesidad de herramientas bibliográficas, complementariedad entre la ciencia toponímica y la dialectológica, conocimiento de la gramática histórica románica, del latín y las lenguas de substrato y superestrato (se realiza un repaso del estado actual de los estudios sobre el vasco, ibérico, sorotáptico, céltico, árabe y germánico). El estudioso de la toponimia

se valdrá también del apoyo de ciencias como la geografía y la historia, la documentación es del todo inexcusable y la necesidad de la comparación mediante el establecimiento de series toponímicas (método interesantísimo para el estudio de la onomástica pirenaica por la continuidad lingüística existente en la toponimia, mucho más clara que en las hablas vivas), así como la utilización de una serie de principios metodológicos explicados de una manera precisa y concisa. Cuando hallamos un topónimo repetido por toda un área geográfica (fenómeno, como hemos dicho, muy frecuente en la zona pirenaica) podremos encontrar un camino de explicación etimológica seguro, aunque nos falte información de tipo documental.

Nos hemos detenido en el análisis de esta primera parte metodológica de la obra porque pensamos que es fundamental. Aunque tuviésemos todos los topónimos de la península Ibérica, por poner un ejemplo de una ingenuidad disparatada, recogidos con la máxima exhaustividad y el mayor rigor, el estudio de la toponimia seguirá teniendo sentido como aplicación de nuevas metodologías y revisión e interpretación de los topónimos a la luz de los nuevos datos lingüísticos, históricos, arqueológicos, etc.

En la segunda y tercera parte del libro nos encontramos ya ante el resultado de una aplicación práctica y fiel del método expuesto en la primera. Se nos presenta, en primer lugar, un listado de los nombres de casas de la zona estudiada. Al no tratarse de un estudio antroponímico, el autor se limita a reseñar los nombres, con su respectiva notación fonética, añadiendo la documentación encontrada, pero sin entrar en el estudio etimológico. El conocimiento de la antroponimia siempre es útil para la toponimia.

Posteriormente se presenta la lista de los nombres de lugar ordenados alfabéticamente. Se incluyen también los apelativos. La presentación de los topónimos es ejemplar, la estructura del artículo suele ser la siguiente: en primer lugar se presenta el lema, posteriormente se realiza una aclaración referente al tipo de terreno o lugar al que pertenece el topónimo y su localización geográfica. Se ofrece la notación fonética y se pasa a la explicación etimológica. El autor agota todas las vías de explicación posibles indicando las ventajas y las dificultades de cada camino. Si la solución no es segura, con toda honradez y prudencia se indica. La aportación documental se tiene muy en cuenta, valorándola siempre en su justa medida.

En las conclusiones, Terrado indica la presencia de una serie de lenguas que han ido imprimiendo su huella en la constitución de la toponimia de Betesa. La base fundamental, en la que se tiene que buscar la explicación de la mayoría de los topónimos de la zona, es el latín, más en concreto el catalán, una de las formas adoptadas por el latín. Pero también nos revela el estudio lingüístico de la toponimia la existencia en esta zona de culturas como la vasca, cuya modalidad lingüística debía de ser bastante parecida a la lengua hablada por los iberos; se aportan por tanto nuevos datos a la teoría vasco-ibérica defendida actualmente por autores tan prestigiosos como Joan Coromines o Michelena. De esta manera se explican por el vasco nombres como *Ovís*, procedente de *OB(E)-ITZ, con el significado de 'pletius', 'cledes', en caste-

llano 'rediles'; *Belarta* < *BELHAR-ETA 'lugar de hierba'; *Marranari*, palabra en la que se descubre una raíz prerromana compartida por el vasco con otras lenguas y un sufijo latino conservado en una fase arcaizante por la población bilingüe vasco-románica.

La cultura de los *Urnenfelder* o de los 'campos de urnas' parece ser que también estuvo presente en esta zona a juzgar por topónimos como *Lo Carant*, *Lo Garanto*, etc., con el significado de 'barranco', explicado ya por Corominas en *E.T.C.*, II, pp. 207-215; *Las Calmas* < *KALMIS, 'altiplanicie'; *Barranc* < *BARRANKO-, etc.

También la existencia de grupos célticos se revela en los nombres de lugar de Betesa. Topónimos como *Lo Boigot*, *La Llanassa* < *LANDA, *Coma* < *CUMBA 'valle poco profundo', etc. así lo indican.

Se especifican algunas características interesantes de la romanización de la zona: persistencia tenaz de las lenguas prerromanas, romanización tardía e incompleta, presencia del vasco en contacto con lenguas indoeuropeas, etc.

Es importante e innovadora la propuesta de caracterización de una antigua modalidad románica que comienza a forjarse durante la época visigótica y que se diferencia claramente de las variedades que predominarán a partir del siglo XII, más concordantes con el catalán que conocemos por los documentos escritos; a este dialecto que tuvo vigencia durante los siglos VI a XI se le denomina "antiguo ribagorzano". Se caracteriza, entre otros rasgos, por la conservación de la vocal final -o (*Calabro*, *Lo Campo*, *Lo Pruido*, *Lo Pusso*, *Lo Turmo...*), la diptongación de las vocales *e* i o breves latinas (*Sasieso*, *Castieso*, *Comiasa*, *Massapieras* < MASSA PETRAS, *La Quasta* < COSTA, *Las Fuevas* < FOVEAS, etc.), el tratamiento peculiar de la lateral geminada latina -LL- > -t- (*Betesa* < BELLASIA), -LL- > -s- (*Maçanyasa* < *MATTIANELLA).

Fruto del contacto posterior de este antiguo dialecto ribagorzano con modalidades lingüísticas más afines al catalán serán las siguientes parejas de topónimos en las que convive la antigua solución ribagorzana al lado de la forma catalana (*Castieso-Castell*, *Comiasa-Comella*, *Las Quastas-Les Costes...*).

Posteriores trabajos sobre la toponimia ribagorzana han ido confirmando esta hipótesis, sugerida ya por Coromines en alguna ocasión. La adscripción de esta modalidad lingüística arcaica es todavía difícil y problemática; no obstante, el estudio riguroso y el tratamiento global de los topónimos de la Ribagorza permitirán el conocimiento y caracterización de esta variedad.

No faltan en esta obra elementos imprescindibles a todo trabajo de toponimia: los mapas que nos sitúan la zona estudiada y sus principales topónimos, una bibliografía extensa y adecuada y unos índices cuidados y completos.

En definitiva, nos encontramos ante un trabajo ejemplar, al combinar la seriedad y rigurosidad metodológica con la pasión y la amenidad, que constituye una obra imprescindible como modelo y base de futuros estudios toponímicos en el área ribagorzana.